

Los huelguistas de Macondo y lo que pasó en el 28

GENE H. BELL-VILLADA*

Las escenas de huelga y represión bananeras constituyen el ápice, el punto culminante de la extensa crónica macondiana. Episodio de la más viva agitación y de un horror escalofriante, es la última ocasión en que los poblanos y sus líderes Buendía resistirán activamente a la intromisión centralista. Con la represión militar, se perderá para siempre lo poco que les quedaba de autonomía política. Con la amnesia colectiva que luego se les impone, se exorciza un pasado si no glorioso al menos combativo. Con la lluvia de media década, obra de los yanquis, se acelerará la destrucción de Macondo en tanto que entidad vital y sujeto histórico. El huracán bíblico de los renglones finales no hace sino consumir de golpe una situación ya plenamente degradada. En la crítica de música se ha observado que el clímax de una obra musical sucede a eso de las cinco séptimas partes de su transcurso. Tal es el caso con la novela *Cien años de soledad*. En mi edición de trescientas cincuenta cuartillas, el episodio se despliega entre las páginas doscientos cincuenta y doscientos sesenta —efectivamente cinco séptimos— y lo que sigue después es el triste desenlace.

Ya antes la temática del imperialismo americano había atraído a narradores de la estatura de Vallejo y Asturias. Dicha temática, sin embargo, les fue un escollo, pues por falta de una fórmula na-

* Profesor de literatura en Williams College. Es autor de muchos ensayos y de un libro sobre Borges. Prepara otro sobre Gabriel García Márquez.

rativa que se adecuara satisfactoriamente al material, las novelas resultantes no alcanzaban la superioridad estética. El hallazgo de García Márquez consistió en dar con una ruta que esquivara los múltiples embarazos de la novela de protesta antiyanqui, pues en los capítulos bananeros su magia y serenidad narrativas se mantienen a un nivel equiparable a las del resto del libro. Llevo años enseñando esta novela en mis cursos aquí en Estados Unidos, y hasta la fecha ni un solo alumno se ha quejado de este episodio, que al contrario les conmueve. Vale decir también que son contados los críticos que desfavorezcan esta secuencia de explotación, resistencia y represión.

Me propongo hacer dos cosas. Primero, quisiera examinar el funcionamiento de esa secuencia en tanto que narración y de paso intentar explicar porqué resulta tan eficaz el recuento de sucesos. Y segundo quisiera evocar los datos históricos que a García Márquez le sirvieron de base para la redacción de dichas escenas. Es extraño, pero se ha estudiado muy poco la medida en que García Márquez fundamentó estos episodios en la huelga y represión que, en mil novecientos veintiocho, barrieron con toda la zona bananera desde Santa Marta hasta Aracataca. Lo que vemos acontecer en los bananales de Macondo es narrativa, es novela, es ficción, pero es también historia verídica, rigurosamente reconstruida.

Lo paradójico es que el episodio bananero, pese a su centralidad, apenas llama la atención a sí mismo. Al contrario, se nos presenta sencillamente como uno más dentro del desfile de sucesos que principia con el éxodo de Riohacha y que se clausura con el apocalipsis de la ventolera. Si pensamos en títulos como *El tungsteno* o *El Papa verde* sabemos de inmediato de qué tratan. En cambio de *Cien años de soledad* nunca se podría decir que es un alegato contra el imperialismo yanqui, aun cuando figura éste en su trama. Ahora bien, no hay duda de que, en la vida real, las luchas sociales son de gran importancia, incluso lo más importante, pero no son lo único. El acierto narrativo de García Márquez radica en haber reconocido para Macondo la coexistencia de tales realidades como el amor, el sexo, la parranda, la gastronomía, el envejecimiento, y otros procesos y prácticas que siguen transcurriendo, si no con tal independencia de las frutera, al menos con reglas y dinámica propias. (Podríamos decir que García Márquez narra sabiendo intuitivamente lo que un Louis Althusser explica y teoriza escolásticamente).

Y pues en los mismos capítulos bananeros encontramos también tales escenas como los de la disipación y golosidad de Aureliano Segundo, el amorío pasional entre Meme y Mauricio Babilonia, y la lentísima evolución y súbita asunción de Remedios, la bella. La lucha continúa, sí, pero con o sin la bananera continúan también la vida y la muerte. El coronel Buendía se gasta en su soledad y fallece orinando; Amaranta teje su mortaja; y aparece el bebito Aureliano, bastardo de Meme. O sea, junto con el tiempo presente de la bananera, conviven igualmente los tiempos pasados de los Buendía y el tiempo futuro de Aureliano Babilonia, testigo venidero de la decadencia final.

No es que estos episodios surjan y se desenvuelvan en un espacio absolutamente libre y separado del control bananero. Al contrario, hay lazos, casuales pero decisivos. El pretendiente que cae muerto por estar mironeando en la alberca a Remedios la bella es uno de tantos forasteros que han afluido a donde la frutera. Meme traba amistad con unas niñas yanquis, y es a través de Patricia Brown, hija del gerente, que conoce ella a Mauricio, aprendiz de mecánico para la compañía. García Márquez no da gran énfasis a estos hilos conectivos. Si bien la frutera sienta bases para tales episodios, son a su vez acontecimientos con su propio ser y densidad narrativos. Esto difiere sobremanera de la trilogía de Asturias, donde casi todo, incluyendo las escenas de sexo y de béisbol, se lleva a cabo bajo la sombra de la Tropical Banana Inc., fuente y origen de la acción y el tono de la obra. Es significativo que las mejores escenas de la novela de Vallejo son las que menos tienen que ver con la compañía minera.

La relativa autonomía de esos episodios no bananeros se manifiesta en su gran comicidad, su puro gozo humorístico. Ya sabemos lo chistosos que son Aureliano Segundo o Remedios, la bella, pero se trata aquí no tan sólo del *comic relief* shakespeariano sino de una dinámica graciosa (carnavalesca, si se quiere) con fuerza y validez iguales a las de la dinámica seria, trágica, de la huelga y masacre. Los mismos yanquis de García Márquez son caricaturas, pero con un nivel tal de precisión, virtuosismo y complejidad que, en lo estético, el retrato es completamente logrado. La escena en que Mr. Herbert saca sus herramientas y aplica microscopio, estilete, balanzas, calibrador y termómetro a un guineo es una perfecta sátira de ese tecnicismo mercantil yanqui, esa manía de atacar las cosas más sencillas con un aparatoso *hardware*. García Márquez

en algún momento parece haberse dado cuenta que una visión demasiado solemne del imperialismo americano no aporta nada al arte novelístico, y que por el contrario existe un recurso de gran potencialidad en el exagerar y ridiculizar un poder tecnológico ya de por sí gigantesco.

En una entrevista, García Márquez me explicó que a los gringos el los dibujó según los ven los macondianos —hecho fundamental—. Para nosotros hoy día es muy obvio el poder global norteamericano. Para Macondo, empero, los gringos son algo raro, novedoso, y es así que García Márquez los desfamiliariza y capta todo lo inverosímil que hay en su tecnología, en sus mujeres lánguidas con trajes de muselina y sombreros de gaza, en el ambiente casi fantástico de su pueblo aparte con calles bordeadas de palmeras, casas con ventanas de redes metálicas, mesitas blancas en las terrazas, y extensos prados azules con pavorreales. Esto suena a una descripción de Los Angeles de los años veinte, solo que en el subdesarrollo tropical macondiano, dicho elemento es intrusivo, algo como de otro planeta. Nunca hemos de penetrar al interior de ese enclave colonial, salvo cuando Meme se hace amiga de los Brown, y aun así todo se percibe mediante su tierna visión de adolescente. Se ha dicho que el narrador de *Cien años* es omnisciente, pero el límite de su omnisciencia es justamente ese alambre electrificado que rodea y protege al recinto gringo.

Con pintar así a sus americanos García Márquez siguió el primer mandamiento de todo buen escritor: "escribe de lo que conozcas más y de lo que te esté más cercano". En cambio, un grave defecto de la trilogía bananera de Asturias es que el guatemalteco cayó en el error de forjar protagonistas yanquis e incluso de representarlos desde dentro. El resultado es muy falso y uno sabe de inmediato que Asturias no se sabe a fondo su material, pues los Americanos suyos simplemente *don't feel or sound like Americans*. Por ejemplo se nos dice que el aventurero bananero, Mr. Lester Mead, habla inglés con acento de Oxford. Y en una escena de *Viento fuerte* los ejecutivos de la compañía se ponen a citar largos trozos del *Otello* de Shakespeare. Todo esto sin señal alguna de parodia. Quien esté familiarizado en lo más mínimo con la subcultura empresarial yanqui sabrá que esto es completamente inverosímil. También los gringos de la trilogía así como los de *El tungsteno* hablan un castellano perfecto, sin barbarismos ni un habla distintivos. Sé que Gar-

cía Márquez se leyó Asturias, y no es improbable que se haya estudiado la trilogía, siquiera para aprender de sus errores. Es de notar que en ninguno de los episodios bananeros de *Cien años de soledad* se cita a un americano hablando. De este imperio y de su cultura e historia García Márquez tiene buen conocimiento, pero no tanto de su ser y sentir más íntimos y vivenciales. Sin embargo el colombiano se valió de su perspectiva latinoamericana, convirtiéndola en fuerza narrativa y de ahí extrajo el molde para su visión satírica del coloniaje norteño.

Finalmente el mismo material bananero gana con el artificio formal y genio narrativo de García Márquez. A diferencia de la amorfa prolijidad de Asturias, hay simetrías y repeticiones tales como la segunda intrusión forastera, la nueva reaparición de los cuatro abogados vestidos de negro, y por tercera vez la resistencia local con liderato de un Buendía (José Arcadio Segundo, quien es en realidad un Aureliano). Y en lugar de obsesionarse con el sensacionalismo de la matanza, García Márquez la supera y desvía nuestra atención con esas fantasías de olvido orwelliano y de lluvia sin fin, obras respectivamente del gobierno y de la frutera. Es un cuadro político construido con máxima artesanía e imaginación.

Dicho cuadro se basa concretamente en los datos reales del mil novecientos veintiocho, año en que nació García Márquez. La historia de la United Fruit en la zona del Caribe de Colombia representa un clásico ejemplo de imperialismo y coloniaje, algo digno de una novela de Conrad, de Forster, de Graham Greene, o de García Márquez. Desde principios de siglo la frutera formaba casi un estado dentro del estado colombiano. Además de las buenas tierras poseía ferrocarriles, tiendas y telégrafo propios. Monopolizaba la irrigación con sus canales, cuya explotación de aguas violaba el Código Civil. Su política laboral dejaba mucho que desear y ya en mil novecientos dieciocho la compañía había respondido a protestas sobre salarios con la promesa de consultarlo con su oficina sede en Boston. La promesa no vino a nada.

A partir del año veinticinco, varios grupos sindicales iban planeando huelga y preparando sus líderes. El seis de octubre de mil novecientos veintiocho, éstos presentaron ante la Frutera una lista de reivindicaciones. La primera y principal era que la compañía reconociera el hecho de que tenía empleados, pues su reclutamiento había sido todo a base de enganchistas que subcontrataban obreros

para la United, táctica por la cual la bananera lograba evadir las responsabilidades del patronato. También se exigía viviendas higiénicas, salubridad pública, hospitales suficientes y un día libre a la semana. Finalmente se pedía acabar con el sistema de pagos por vales con los que el obrero compraba sus provisiones, a precios altos, en los comisariatos de la firma. Con esta práctica la frutera rebajaba sus gastos de mano de obra y además les sustruía clientela a los comerciantes locales, que por esa razón odiaban a la compañía.

La frutera se negó a tramitar y al día siguiente los treinta y dos mil obreros están en huelga general. El gobierno nacional responde con ocupación militar de la zona y los soldados mismos trabajan de rompehuelgas, recogiendo y embarcando bananas. A pesar de leyes represivas y la constante intimidación, los obreros no ceden, y el cinco de diciembre el gobierno declara el estado de sitio. Esa noche se encuentran congregados en la plaza central de Ciénaga unos cientos de obreros con sus familias. A la una y media de la mañana el general Carlos Cortés Vargas envía un destacamento del ejército a la plaza. Allí se les lee la declaración del estado de sitio y se les da cinco minutos para dispersar. Transcurren los cinco y se les da uno más. Y por fin estallan los disparos. Un señor cuyo hotel queda cerca oye gritos de "*¡Ay mi madre!*". Según varios testigos, los cadáveres son puestos en camiones que luego parten rumbo al mar. Meses después se divulgaría que los militares estaban bajo pago directo de la Frutera, que alojaba a los oficiales en hoteles y mandaba a los rasos cerveza, comida y cigarrillos gratis.

A la masacre le sigue un régimen de terror. Cientos de sindicalistas son arrestados. Un capataz de trenes dice haber viajado en un tren de catorce carros en que se transportaban cantidades de obreros presos para dejarlos en Aracataca. En cuanto al total de bajas para la huelga entera, el general Cortés Vargas da una cifra de cuarenta muertos y cien heridos. Alberto Castrillón, líder sindical, calcula cuatrocientos muertos en la plaza y un total de mil quinientos muertos y tres mil heridos. Poco después un joven congresista liberal promueve una investigación parlamentaria y dicta una inolvidable alocución en que denuncia el nivel de represión y el poder de la Frutera. Este fue el primer momento en que se destacaron nacionalmente el compromiso progresista y la habilidad oratoria del abogado Jorge Eliécer Gaitán. Entre sus testigos figura el tesorero de Aracataca, de nombre Nicolás R. Márquez.

En este recuento de los sucesos del año veintiocho me he atendido mayormente al material usado por García Márquez en *Cien años de soledad*. Cito ejemplos. "Los obreros aspiraban a que no se les obligara a cortar y embarcar banana los domingos". Se quejan de "la insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos" y de "los vales que sólo servían para comprar jamón de Virginia en los comisariatos de la compañía". Los cuatro abogados arguyen que "las reclamaciones carecían de toda validez simplemente porque la compañía bananera no tenía, ni había tenido nunca ni tendría jamás trabajadores a su servicio, sino que los reclutaba. . . con carácter temporal". Con la ley marcial llegan tres regimientos a Macondo para cortar y embarcar bananas, y el líder sindical José Arcadio Segundo es encarcelado. La orden para la matanza la firma el general Carlos Cortés Vargas y se les da cinco minutos a los manifestantes a que dispersen. Durante la masacre, alguien grita "*¡Aaay mi madre!*" García Márquez reemplaza los múltiples camiones con su oscuro tren de docientos carros. De las cifras que se debatían con referencia al número de bajas, el novelista parece sencillamente haber escogido la más alta de todas, los tres mil heridos que denunció el sindicalista Castrillón.

A este relato quisiera yo añadir una experiencia personal. En el verano del ochenta y dos yo visité Aracataca. Ahí pude ver desde cerca ciertas realidades, por ejemplo un trecho que media entre la iglesia y el cementerio, muy parecido al recorrido que haría la mujer del cuento "*La siesta del martes*". Anduve ese trecho de unas dos cuadras y luego en el cementerio la primera lápida que vi era la de dos señoras de nombre Mercedes y Ester Ternera. Pero mi experiencia macondiana tuvo su apogeo cuando conocí a un anciano jubilado que durante años había trabajado para la United Fruit como timekeeper (usó la palabra inglesa). También sus hermanos habían sido empleados de la compañía, y él recordaba con mucha nostalgia el auge bananero, época en que la gente bailaba la cumbia con billetes de a peso quemándoseles en las manos.

Le pregunté que qué pensaba de los huelguistas. Me contestó así: "Mire, esa gente lo que hizo fue causarnos problemas y echarlo todo a perder. Y voy a decirle algo. Todo aquello de masacres y qué sé yo qué, todo eso son mentiras. Puro cuento. Nunca pasó. Al máximo oí hablar yo de dos muertos. Es que si hubo tanto muerto, a ver ¿dónde echaron los cadáveres?". Así dijo el señor, con esas palabras más o menos, y entonces fue que comprendí lo

mucho que García Márquez se ha nutrido de la realidad. Una cosa más. Como remate a estas simbiosis que se dan entre historia y ficción, quisiera observar algo sobre el carácter profético de García Márquez. En el año mil novecientos setenta, en la sala del Senado de los Estados Unidos, se divulgó que, como táctica de guerra, la Fuerza Aérea norteamericana había estado sembrando con sustancias químicas las nubes sobre el Vietnam, lo cual había causado tormentas en ese país tropical.

En cierta medida, la huelga y represión bananeras son para la historia y literatura colombianas lo que la invasión napoleónica para la historia y literatura rusas. Se trata en ambos casos de grandes acontecimientos que tienen que ver con nobles abstracciones tales como la soberanía nacional pero también con asuntos tan básicos como lo son el vivir y sufrir de los pueblos. A raíz de dichos eventos se crean aperturas para elementos liberalizantes en cada país, sacudido por los estragos que ha dejado un invasor más próspero y más adelantado. Y, para nosotros aquí lo más importante, dichos acontecimientos llegan a ocupar un lugar clave en dos novelas panorámicas, una de Tolstoy, otra de García Márquez. Hay hoy día en la plaza Ciénaga un impresionante monumento a las víctimas de la matanza, una monumental estatua de un afro-colombiano, con machete en la mano y que mide unos quince o veinte metros de alto. Por razones de simple accesibilidad, no son muchos los que podrán contemplar esa escultura conmemorativa. Pero millones de lectores se han leído y muchos más se leerán el capítulo de la huelga y la masacre en *Cien años de soledad*. Todo lector sabe que Napoleón invadió Rusia. Quizá algún día también sepan todos que Macondo no es puro cuento y que un comercio yanqui invadió Colombia.